

## Los Libros

«MORADAS IMPREVISTAS», poesía, por *Félix Armando Núñez*.  
Editorial Nascimento, Santiago de Chile

Félix Armando Núñez se ha caracterizado, con sus dos últimos libros, por lo intencionado de los títulos que eligió para ellos: «Canciones de todos los tiempos» y «Moradas imprevistas». No cabe duda de que la primera de estas designaciones podría aplicarse, sin inconveniente alguno, al grueso total de su obra; la segunda, no obstante su índole paradójica, no haría más que insinuar elementos para ese juicio que, ayudados por el propio autor, pudiéramos ensayar respecto de la integridad de su obra.

\* \* \*

Considerada desde el vértice interpretativo que nos ofrecen los trabajos del autor de «Canciones de todos los tiempos»— título que más de alguno habrá considerado presuntuoso—, toda realización poética debería basarse en una exacta proporción de forma y contenido, o vice versa. Quien motiva este comentario es, en verdad, un convencido de la tesis antedicha. Es obvio que la pone en práctica toda vez que se inclina sobre el papel para sublimar el imperativo de sus vivencias estéticas. Nada significarían, en contra de lo afirmado, algunos, poquísimos intentos de conversión a una técnica más o menos libre. No

obstante la vibración entusiasta de tales intentos, nos atreveríamos a calificarlos de temerosas fugas de quien no quería perder la compostura, a pesar de sentir, honda y dolorosamente, las solicitaciones infinitivas de otros territorios, sin límites, mágicamente dilatados. Tomémoslos, además, a modo de garantía de que no se trata de un mero y voluptuoso afán de solazarse en la mecánica ejercitación de un formalismo que no podría ser sino artificioso. Por otra parte, sin dejar de reconocer que algunas de sus páginas dan testimonio de un logrado virtuosismo, «Canciones de todos los tiempos» registra las concesiones hechas a la generalidad del medio y las influencias experimentadas. Ubica a su autor en *ese tiempo de todas las canciones*, que fué el modernismo de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones, de Amado Nervo, de Rueda, de Villaespesa, de Juan Ramón Jiménez.

La alusión escolástica, sin embargo, no pretende que Félix Armando Núñez carezca de libertad de movimiento. Bastaría una sola lectura de su producción, para descubrir el derrotero de sus iniciativas y orientaciones personales. Sus traducciones nos participarán de su inclinación hacia determinados poetas alemanes; alguna composición suya nos demostrará un profundo afecto por ciertos líridas franceses; un solo verso suyo nos volcará, de súbito, en la dilecta evocación de aquel otro, del inglés John Keats:

«A thing of beauty is a joy for ever...» (\*).

\* \* \*

«Moradas imprevistas» constituye, a nuestro entender, una obra mucho más original que su anterior. El simple título y gran parte de su contenido confirman la existencia de un reiterado misticismo filosófico. Esta actitud, que con más ceñida propiedad llamaremos metafísica, se modula sobre el lienzo del

---

(\*) «Una cosa bella es un júbilo eterno...»

primer poema: «Amapolas rojas», el que, a su vez, abre la sección inicial—así está dividido el libro—, llamada: «*Los ojos ávidos*».

Esas cuartetitas nos han remitido a Heráclito el Oscuro. Son como una resonancia, en metro poético, de aquel bello misterio del devenir eterno y la unidad del universo. Las páginas sucesivas no desmienten, antes corroboran, con mayor o menor intensidad, la prédica antigua y actual del desolado filósofo de Jenia. Casi todos los temas siguientes suscribirán aquel pensamiento heraclitano de que *los ojos son los mejores testigos*. Y el medio más eficaz, agregaríamos nosotros, dentro de la órbita lírica de Félix Armando Núñez, para objetivar el aliento entrañable de sus concepciones poético-filosóficas. Sentadas estas premisas, le vemos dominado por la ola conceptual, transformando en pretextos poemáticos, las flores, los árboles, los seres, para expresar, al fin, un desesperado vaivén de altivez, de soledad y desencanto, y ser cual el barco de su crepitante y solemne «Nocturno en el mar de los trópicos»:

«Una estructura de incomprensible razón como la de todas las cosas cuando uno vive dentro de ellas».

\* \* \*

Verificamos la presencia de un filósofo remoto, Heráclito de Efeso; más que filósofo, poeta. Vivió éste una época trágica: La cruel dominación de su patria por los persas. La nuestra, época no menos trágica, ha permitido alzarse, el alarido metafísico de otro filósofo; también, más que filósofo, poeta, Martín Heidegger, labrador de la nada, apóstol de la angustia. Aquél, profeta del eterno devenir; éste, profeta de un existencialismo dramático. Es la patética oscilación entre dos pesimismoes, pero ambos de una profunda raíz creadora. En uno y otro apoyaríamos el eje motor de «*Moradas imprevistas*».

\* \* \*

El hombre se pudre juntamente con todos sus atributos circunstanciales, con su mundo sagrado. Sólo sus creaciones le redimen, franqueándole la densa atmósfera del tiempo que nos aísla de la eternidad. Y ya no importan, ni «una insatisfacción amarga», ni «un duelo de fracaso». Tan sólo permanece lo que trasciende y repugna aún su misma envoltura material- LA POESÍA.—*Aldo Torres Púa.*



NO MÁS QUE UNA ROSA, por *Pedro Prado.*

El ilustre autor de *Alsino*, *Androvar*, *Los Pájaros Errantes*, *Otoño en las Dunas* y tantos otros bellos libros que son honra de la literatura americana, ha entregado una nueva colección de poemas, que vienen a incrementar su alto prestigio y prueban que en los elegidos del espíritu la fecundidad no está reñida con la calidad estética. Es esta la cuarta colección de sonetos publicada por su autor en pocos años. Primero fué *Camino de las Horas*, libro de inspiración mística, que mostró una nueva faceta en la personalidad de Prado, por el fervor religioso y la filosofía trascendente. Si bien el autor había cultivado siempre el simbolismo y el trascendentalismo, el fervor místico, el éxtasis ante la divinidad de lo creado eran formas inéditas en su rica espiritualidad. Cuando parecía que trepaba por el angosto y áspero sendero que lleva a las cumbres en que el peregrino se posterna ante su Dios y se identifica con él, una divinidad de otro orden, una diosa de carne y hueso se interpone en su camino y lo despeña en el abismo de la pasión humana, la que subleva los sentidos y deja ver también inesperados resplandores en el vértigo llameante de la angustia.